

Sharla

Cuando hacemos el amor, él me pide que le hable. Le digo: te amo. Me responde: ¡No, por favor, pensá otra cosa!

No es buen momento para hablar de actualidad. Así que busco pavadas. Esta noche, por ejemplo, le revelé la receta de mi tarta de ciruelas, aclarando que no se la doy a todo el mundo. ¡Pero no! La cosa sigue sin funcionar. Me gruñó que la ciruela era yo.

Si él me explicase exactamente lo que quiere, sería más simple. Sus exigencias son raras. ¡Me pidió malas palabras! La flauta, caramba, recórcholis, la pucha, caray, ya fueron todas. ¡Me rompí la cabeza, pero la única que pareció conformarlo fue trasero!

Me pide que le describa lo que pasa. La acción, en otras palabras. ¡Pero que yo sepa está ahí!... ¿Cómo ahí?, se pregunta.

Lo tranquilizo, más aún, lo estimulo. No te distraigas, le digo, seguí concentrado en tu miembro, avanzá hacia tu placer.

Pero esto no le alcanza. Le explico entonces que estamos haciendo el amor. Pone cara de sorprendido y exige detalles. Agregó que nuestra unión es un regalo, nuestra fusión, un don del cielo; entonces, saliendo de mí, me espeta: ¡Acabá vos sola! ¡Prefiero el agujero del lavatorio que no es tan imbécil!

Tengo un momento de paz y ahí empieza otra vez. ¡Como si nunca lo hubiera visto, me pide que le describa su sexo! Redondito, le digo. ¡Un poco mejor! ¡Describí!, insiste. Como una escoba, pero menos largo.

Salta de un tema a otro. Un día sus preguntas remiten a él, otro día, a mis pechos. Y acá, sinceramente, a parte de compararlos con dos verrugas, ¿qué más se puede decir? Entonces le echa el ojo a la habitación. Me esfuerzo por satisfacerlo, sin resultado alguno. No advierte ninguno de mis esfuerzos. Me expreso sin embargo con la precisión de un guía. A la izquierda de nuestra cama, le digo, observamos una bella consola de época Luis XVI, en madera dorada y esculpida ornamentalmente con un friso de lazo. Descansa sobre patas ahusadas y acanaladas unidas por un tirante. Hacia la derecha, un guerdón que usábamos de mesa de luz en nuestro viejo departamento. Debajo, un cajón de madera —o si preferís, querido, madera de cajonera. Queda lindo, rima.

Arriba, una jarra de agua. Detrás, la canilla donde llega el agua. ¡Nada que ver! ¡Si igual no chorrea! ¡Tuviste que hablar! ¡No parás de interrumpirme! Fijate ahora en la

manija de la ventana de la que cuelgan unos grisgrís de madera de baobab traídos de Senegal. Un elefante, una jirafa de cuello largo, un búfalo. Sobre el escritorio que compartimos, a la derecha, se erige un piloncito con tus cosas, y a la derecha el mío, un poco mejor ordenado. Dos sillas de cerezo, sobre las cuales dos almohadones adamascados con tela ornamental optimizan el asiento... ¿Cómo? ¿El asiento del culo? ¡Callate y dejame terminar! Contra la pared del fondo, el armario del abuelo linda con una vasera que convertimos en biblioteca y dentro de la cual clasificamos nuestros libros por orden alfabético y nuestros álbumes de fotos por orden cronológico.

¡Así no! ¡Así no!, se queja. Describí la escena, carajo, no la habitación. ¡Describí!

No entiendo. Si la está viendo perfectamente. Supongo que debo interpretar su capricho como amor. ¿Acaso quiere ver a través de mis ojos? Precisamente ahora exige que le comente mi posición.

Pero mi amor, lo estás viendo, le digo, estabas en mi trasero y, ahora, yo estoy sentada sobre vos. Estamos perpendicularmente encastrados, sobre la cama comprada en la Feria del Mueble. Su comodidad es notable, qué bien hicimos en dejarnos tentar ese día. Vos pensabas que era un afano... ¡Si nunca ganamos tanto!

¡Cerrá el pico!, me interrumpe. Ahora, ahí, ¿qué me estás haciendo?

Estoy contrariada. Detesto las groserías. ¿Ya no siente nada de lo que le hago? ¿Todo de ahora en más tiene que pasarle por los oídos? ¿Alteración de los sentidos? ¿Y su razón, entonces? A veces, me inquieta su inestabilidad. Últimamente no debe sentirse a la altura. Voy a aprender a tranquilizarlo.

Esta mañana, me habló de la otra mujer, que estaba, parece, mientras hacíamos el amor. ¡Me corto la mano si ahí había alguien! A veces la portera nos deja la ropa planchada, pero siempre toca el timbre antes de entrar y sólo usa la llave cuando no estamos. Sé fehacientemente que no había nadie. ¡Esa intrusa en la casa lo volvía un miserable racista!

—¿Viene la asiática a tocarse? —me dijo—. Munisita te va morfar el culo mientras yo acabo... Salí Shintao, movete Kaori, que vaciando huevos sos genial.

Me desencajó.

—Pero... yo soy Sharla, Sharla Magnard, tu mujer desde el 13 de julio de 1992, en unión bendecida por el padre Claude en la iglesia de Perrois, si no me equivoco.

—¿Sharla de Shangai? —salmodió.

Estiré mis ojos cada uno sostenido por mis índices, pensé que si entraba en su juego, él podría escapar a sus oscuras ideas. Cuando me lo vio hacer, y sobre todo cuando me escuchó decir Gordo-obseso-adentro-de-agu-

jerito-cansado con acento chino, eyaculó violentamente sobre la colcha de la cama gritando: ¿Así querés?

Le respondí: sí, te quiero.

Armande

Estoy encantada de que salgas con mi hermano. Sólo que me gustaría que dejáramos de hablar de eso, nada más. Igual sabé que tu falta de tacto para anunciarme la noticia no me gustó. ¡Que mi propio hermano se crea obligado a pedirte permiso para informarme de la primera noche que tuvieron como amantes es muy desubicado! Bárbaro si disfrutás un poco de él. Lo vamos a volver a hablar con más objetividad cuando abras los ojos.

¡Cómo me hacés reír cuando lo describís como una persona atenta! En mi familia, nos reímos imaginándonos reclusos en la casa de uno o del otro como dos cigarrillos en un estuche, y satisfechos de haber encontrado a su mitad. Egocéntrica, tóxico. ¡Siempre hay un roto para un descosido!

Me alegra que sean felices, de verdad, pero me decepciona. No por él, que sé lo que vale, para bien y para mal. Sino por vos, que ocultás en mi cara parte de la intimidad que ustedes tienen. Estoy terriblemente decepcionada, actuaste como una miserable: debo decir que es algo innato en vos. Nada volverá a ser como antes entre

nosotras, está claro. Lo más honesto es prevenirte. ¿Te das cuenta de que me llamaste después de la primera noche con él, sin siquiera hablarme del jugueteo previo? A pesar de los detalles escabrosos que alimentaban nuestras charlas del pasado, eludiste la verdad, así de simple. En tu voz había alegría pero también miedo. ¿Y qué? ¿Me tenés miedo? ¿Acaso querías que te aplaudiera dando saltos en la cama, idiota? Si las palabras no te salían, yo no te iba a dar el manual... ¡Arreglátelas! ¡Ya demasiado te ayudé en otra época! ¡Bastante escuché tus desgracias amorosas para tener hoy derecho a exigirte un relato completo de tu nueva historia!

Me contabas pavadas para tomarme el pelo. Que mi hermano te llevaba un fin de semana y te hacía mil cosas que jamás había concedido a ninguna otra. ¿Y vos querías que me alegrara? ¿De qué? ¿De la pulsera de nuestra madre que te pidió que usaras? ¿De los críos que prometió hacerte porque vos todavía podés? ¡Enorme favor te haría! ¿Que necesitabas enumerarme todas sus bondades? ¿No podías conformarte con aceptar mi veredicto? ¿Qué sentido tiene impedirlo? ¿Me querés hacer creer que lo controlás mejor que yo? Si él hijos no quiere. ¡Lo sé! ¿Que no le vas a dar ninguno? ¡Vos tampoco querés! Para joderme, mirá, serían totalmente capaces.

Creíste que te eludía. Admití que no me conocés. ¡Yo

era discreta! Te quejaste ante mi hermano de mi repentina distancia. ¡Pésimo cálculo! Intentaste recuperarme hablándome de todo salvo de él. Recibía tus correos bobos, que respondía lacónicamente, no por desprecio sino por aburrimiento. Te volviste demasiado aburrida. Vos, tan cínica, tan divertida, te convertiste en una nena obediente. ¡Un espanto! ¿Y tenés el tupé de acusarme por cambiar mi conducta con respecto a vos? ¿Si te oyerá perdería la calma? ¡Pero cerrá el pico! Mostré ciertas reticencias porque si mi hermano te dejaba, iba a sentirme responsable de tu dolor, y como no podía tomar partido, iba a ser muy desgraciada.

Por eso es que prefiero quedar fuera de todo esto. Cuando cenamos juntas la última vez, ya que siempre volvés sobre este episodio, te vi entrar al restaurante, se te veía enojada, y yo, a la gente enojada, la aplasto. Tu pose de chica asustada no va conmigo. Sé cuántos hombres te esquivaron. Verlos a ustedes uno al lado del otro me da náuseas. Cuanto más te esforzás por restablecer nuestra complicidad, más te deseo un collar de barro.

Acepto tus disculpas si te viene bien. ¡Pedímelas! Terminemos con esto. De todos modos, lo nuestro está roto. A decir verdad, y te lo digo porque somos amigas de muchos años, ya no me atraés en lo más mínimo. Si lo de ustedes sigue, sólo les voy a pedir que me besen los pies, y que nunca olviden que fue gracias a mí que

se conocieron. De no ser por mi casamiento seguirían siendo dos solterones cada uno por su lado.

Por otra parte, si algún día me volviera a casar, voy a tomar la precaución de no invitar ni a mi hermano ni a mis amigas, así puedo aprovechar el día más lindo de mi vida en vez de asistir al repugnante espectáculo de dos personas que quise y se conocen para dejarme.

André

Mi pobre André,

Cuando te conocí, enseguida me sentí como en casa. Sé desde entonces que es una mala señal. Sos de las especies más vulgares. Merodeás en cada esquina. No tenés nada de animal salvaje.

Cautivada por tus oscuras pupilas, tus sólidas mandíbulas, tu cuerpo macizo, te deseé con ardor. ¡Y cómo me jacté cuando te tuve! Había conocido a un tipo con revestimiento exterior. ¡Ah! Los solitarios amantes de la naturaleza que matan a sangre fría a un cazador de estorninos, pero que acribillan a su mujer con una pala apenas emite una opinión diferente de la suya. ¡Y yo que me extasiaba, preguntándome qué era lo que veías en mí! ¡Nada, por supuesto! No ves nada. Eso es precisamente lo que buscás, nada. En quince días me habrás olvidado. Lo que me viene muy bien porque detestaría lastimarte. No por consideración, sino por pánico al ruido. Los seres de tu especie gruñen como niños cuando los dejan solos, arman un bullicio infernal. Pero se recuperan perfectamente, creeme. Lloran un rato en su

cuarto porque rompieron un juguete, vienen a patear al living si nadie los va a consolar, después vuelven a sus asuntos, estoicos, resignados al ver que los ignoran. El mundo es malo. Su madre es vil. Su padre fue un cobarde. Siempre la misma cantinela. El amor no existe. Nunca es culpa de ellos. Logran zafar.

El amor es tu herida cuando vas mal y un punitorio cuando vas mejor. Ahora mismo, a grandes zancadas, vas recorriendo tu prado gris y buscás la flor invisible que tal vez me traigas a modo de disculpa, sin disculparte. ¡Te conozco! ¡La tenés que remar! Recordás vagamente lo abominable que fuiste. Tratás de recordar la intensidad del último golpe que me zampaste en la jeta. Vas a encontrar la manera de recuperar tu aspecto amable. De proponerme algo, un proyecto de a dos, antes de recordarme con voz infantil lo atento que fuiste cuando me invitaste al restaurant, y ahora me pedís que te acompañe en piragua a Mogadiscio o a Mongolia en bicicleta. Porque me querés. Y porque odias irte sin mí. Qué risa me da.

Sabé bien que, de ahora en más, no voy de viaje a ninguna parte. ¡Y te dejo plantado! Cuando escapes a la furia que te consume hace dos días porque un hombre me miró o porque me reí con una amiga, cuando al fin abandones tu cara de matón, ya voy a haberme ido. ¡La gran fuga! ¡Me las tomo! ¡Se acabó la boludez! Incluso

ayer, después de mi tercer aborto natural, negociabas con un embalsamador el precio de una disección de feto. ¡Te parecía algo estético! ¡Y querías que me extrajeran un ovario para exhibirlo en un armario! ¡Rima! Una rima sin sentido. ¡Y yo me callaba! Me dabas miedo. ¿Te pone contento ser así?

Ahí estás lloriqueando en el pasillo... Llegaste justo, voy a mandarte esta carta. Vas a creer que es de amor, te va a molestar. Cuando tus ojos recorran estas palabras, estaré al galope por la calle, persiguiendo un tren por la orilla del mar. Reservé una deliciosa habitación en un cálido hospedaje y pienso dormir ocupando toda la cama y sonreír de la mañana a la noche por mi cambio de rumbo y mi nueva vida. ¡Por fin libre! ¡No te voy a extrañar, puedo decírtelo! Estás desequilibrado, reconozco tu paso de idiota, seguro y después lento. ¿Querés saber lo que estoy tramando en el escritorio? ¿Te preguntás si te engaño con el cortapapeles? ¿Con la caja de música? ¿Con el libro de cuentas? ¡Te dejo! ¿Escuchaste? ¡Voy a hacerlo! ¡Ya mismo! ¡Sí, estoy lista! Adiós a las malas caras porque tu pasado sube como la acidez. ¡Adiós a tu mirada torva porque estallo de risa y enseguida pensás en una burla! ¡No tenés sentido del humor, imbécil!

Te lo voy a decir bien pausado, va a tomar sólo siete segundos. Si querés lo escuchás. Si no querés, gritás que nunca te quise y te respondo que tenés razón. Voy

a atravesar el pasillo corriendo y me voy a tirar por la escalera. Voy a cambiar mi número de teléfono, nunca más me vas a encontrar, ya no vas a llorar en mi regazo, y cuando me reponga de los años pasados en tu triste compañía, voy a conocer a un hombre de verdad que me va a llamar Bichito. Ya no me das miedo, puedo verlo claramente, tengo valor... ¡Y mucho! Golpeás a la puerta. ¡Cuántas precauciones!

Te voy a responder por última vez.
¡Pasá!

—¿Qué me ponés esa cara? ¿Qué estás escribiendo?
—Nada. Una carta.
—¿De amor?
—Bueno. No te la voy a dar.
—Mucho mejor así.

Angélique

¿Tímida? Igual no tengo mucho que decirles. Salvo que fingen. Tiraron la casa por la ventana. Se preocuparon en mostrarle a la aprendiz de mujer cómo se recibía, en su entorno, en su grupo, con su clase. Acecharon mi malestar. Me odiaron a primera vista. Cuando me vieron entrar con mis zapatos rojos y mi tapado de terciopelo. Más tarde, tras advertir mis simples modales, sorprendieron en los ojos de su amigo un orgullo que decía que un don nadie me viste. Todos ustedes exclamaron: ¡Adelgazaste! Su amigo me observó con amor y ustedes lo observaron con espanto.

Cómo se regodearon cuando confundí el nombre de un jefe de Estado con una bacteria. Se miraron con malicia y, en su risa, había dientes.

Me sentaron al lado de la amiga más vieja de Angélique. ¡Vocera, abanderada, perro fiel! Cuánto les habría costado sentarme al lado de mi hombre en vez de ahí en la otra punta de la mesa, ni siquiera enfrente de él. ¿Se creen distinguidos? ¡Salvajes! Déjenme decirles algo ya que quieren escucharme. Tengo veinticinco años, y eso es lo que les jode.

Mírense, todos reunidos alrededor de esta mesa de cumpleaños. ¿Tanto placer les da preguntar por Angélique en mi presencia? Lo presiente. Está desarrollando un cáncer de mama, pero todavía no lo sabe. ¡Ah! No abran así los ojos, todas ustedes van a tener el mismo cáncer cuando sepan lo cornudas que son. ¡Se los juro! ¡El mismo! Así es. No pueden hacer nada. Su queridísimo amigo al que insistieron en agasajar esta noche, no por el placer de estar con él, sino para privarme de un cumpleaños íntimo, sin ustedes, sus mediocres amigos, sí, su queridísimo amigo dejó a su mujer. Y además, lo hizo en tres semanas. Tengo treinta años menos que Angélique. ¿Acaso las aflige, señoras? ¿Les inquieta la idea de ver a sus maridos, igual que él, tomarse el palo? Viendo esas bolsas de lípidos que cuelgan de sus mofletes, los quistes de amargura que rodean sus bocas y los almohadones de alcohol que obturan sus ojos, no va a ser muy difícil hacerlas explotar como burbujas de pluri-ribol. Angélique está muerta, váyanlo sabiendo.

Y si mi hombre acaba de abandonar la mesa para ir discretamente al baño, no crean que tiene alguna molestia. Las bacterias, los jefes de Estado, le importan un pito. No, no me voy a quemar la cabeza cuando vuelva a casa, tampoco él va a mandarme a repasar historia política. Vamos a gozar como dos viajeros recorriendo nuestras geografías. Si se levantó de la mesa para ir al

baño, es porque ustedes le dan náuseas. Querían escuchar el sonido de mi voz, ya lo oyeron.

En este momento, me levanto de la mesa y, sin pedirles autorización, me uno a él. Si oyen el ruido de una puerta que vibra, no piensen que se trabó la cerradura, ni llamen al cerrajero. Tampoco al oncólogo. Su próstata está en perfecto estado. Si una puerta vibra, imaginen tan sólo, detrás de ella, a su amigo de rodillas, sediento por su guiso tan salado, bebiéndome a mí en lugar de a su repugnante burdeos.